

Las Aventuras de Sherlock Holmes

Austral Intrépida

Escándalo en Bohemia

I

Para Sherlock Holmes, ella siempre es «la mujer». Rara vez le oí mencionarla con otro nombre. A sus ojos, ella eclipsa y supera a todo su sexo. No es que él sintiera algo parecido al amor por Irene Adler. Todas las emociones, y esa en particular, resultaban aborrecibles para su mente fría y precisa pero admirablemente equilibrada. Él era, a mi entender, la máquina más perfecta para razonar y observar que jamás ha visto el mundo, pero como amante se encontraba a sí mismo en una situación engañosa. Nunca hablaba de tiernas pasiones, salvo con burla y desdén. Era algo admirable para el observador, excelente para retirar el velo que cubre los motivos y acciones del hombre. Pero para el razonador experto, admitir tales intrusiones en su propio temperamento, delicado y bien ajustado, era introducir un factor de distracción que tal vez podría poner en duda todos los resultados de su mente. Una mota de polvo en un instrumento de precisión, o una grieta en una de sus potentes lentes, no resul-

tarían más perturbadoras que una emoción fuerte en una naturaleza como la suya. Y, aun así, solo una mujer existió para él, y esa mujer fue la difunta Irene Adler, de dudoso y cuestionable recuerdo.

Poco había visto yo a Holmes últimamente. Mi matrimonio nos había distanciado. Mi completa felicidad y los intereses centrados en el hogar que surgen en torno a un hombre cuando por primera vez se descubre dueño de su propia casa, eran suficientes para absorber toda mi atención; mientras Holmes, reacio a toda forma de vida social por su alma bohemia, permanecía en nuestro alojamiento de Baker Street, enterrado entre sus viejos libros y alternando una semana de cocaína con otra de ambición, la somnolencia de la droga y la feroz energía de su naturaleza entusiasta. Seguía sintiéndose profundamente atraído por el estudio del crimen, y empleaba sus inmensas facultades y extraordinarios poderes de observación en seguir las pistas y aclarar esos misterios que la policía había abandonado por no haber esperanza. De vez en cuando yo oía alguna vaga noticia sobre sus hazañas: de sus citas en Odessa en el caso del asesinato Trepoff, o el esclarecimiento de la singular tragedia de los hermanos Atkinson en Trincomalee y, para terminar, la misión que había cumplido con discreción y éxito para la familia real holandesa. No obstante, más allá de estos signos de actividad, que simplemente compartía yo con todos los lectores de la prensa diaria, poco sabía de mi viejo amigo y compañero.

Una noche, la del 20 de marzo de 1888, regresaba yo

de visitar a un paciente (porque había vuelto a ejercitar) cuando mi ruta me llevó a Baker Street. Al pasar por aquella puerta que tan bien recordaba, que siempre irá asociada en mi memoria a mi noviazgo y a los siniestros incidentes del *Estudio en escarlata*, sentí un vivo deseo de ver de nuevo a Holmes, y de saber en qué estaba empleando sus extraordinarios poderes. Su apartamento estaba iluminado y, al mirar hacia arriba, vi su figura alta y enjuta pasar dos veces en forma de silueta oscura por detrás de la persiana. Caminaba por la habitación con rapidez y ansiedad, con la cabeza apoyada en el pecho y las manos agarradas por detrás. A mí, que conocía cada uno de sus hábitos y humores, esta actitud y modo de comportarse me contaban una historia. De nuevo trabajaba. Había salido de los sueños causados por las drogas y estaba siguiendo el rastro de algún nuevo problema. Llamé a la puerta y me llevaron a la habitación que en otro tiempo había sido mía en parte.

No se mostró efusivo. Rara vez lo hacía; pero creo que se alegró de verme. Sin apenas pronunciar palabra, pero con mirada amable, me indicó un sillón con un gesto de la mano, me lanzó su pitillera y señaló un estuche de licor y un sifón que había en un rincón. A continuación, se situó frente al fuego y me miró de aquella forma introspectiva tan particular suya.

—El matrimonio le sienta bien —comentó—. Diría, Watson, que ha engordado siete libras y media desde la última vez que le vi.

—Siete —respondí.



—En realidad, había pensado que un poco más. Solo un poquito más, me parece a mí, Watson. Y ejerciendo de nuevo según veo. No me dijo que tuviera intención de volver a su oficio.

—Entonces, ¿cómo lo sabe?

—Lo veo, lo deduzco. ¿Cómo sé que usted se empapó hace poco tiempo y que tiene una criada torpe y descuidada?

—Mi querido Holmes —dije—, esto es demasiado. Seguro que hubiera muerto quemado en una hoguera si hubiese vivido hace unos siglos. Es cierto que salí a pasear al campo el jueves y regresé a casa en un lamentable estado; pero, como me he cambiado de ropa, no podía imaginar siquiera que usted lo dedujera. Respecto a Mary Jane, es incorregible, y mi esposa la ha despedido, pero de nuevo, no entiendo como lo ha averiguado.

Se rio entre dientes y se frotó sus largas y nerviosas manos.

—Es muy sencillo —dijo—. Mis ojos me dicen que en la parte interior de su zapato izquierdo, exactamente donde le está dando la luz del fuego, el cuero está arañado con seis líneas paralelas. Obviamente, las ha causado una persona que ha rascado sin ningún cuidado los bordes de la suela con el fin de eliminar el barro adherido a ella. Por tanto, ya ve, mi doble deducción es que ha salido al exterior con mal tiempo y que tenía un espécimen de sirvienta londinense especialmente maligna y rajabotas. Respecto a su oficio, si un caballero entra a mi casa oliendo a yodoformo, con una mancha negra de nitrato



de plata en el dedo índice derecho y un bulto en el lado derecho de su sombrero de copa que muestra dónde ha escondido su estetoscopio, tendría que ser muy tonto, en realidad, si no le identifico como miembro activo de la profesión médica.

No pude evitar reírme ante la facilidad con la que había explicado su proceso de deducción.

—Cuando escucho sus razonamientos —comenté— todo me parece tan ridículamente simple que da la impresión de que podría hacerlo yo mismo, aunque me deja desconcertado con cada una de las demostraciones de su discurrir hasta que me explica el proceso. Y aun así, creo que mis ojos ven tanto como los suyos.

—Por supuesto —respondió mientras encendía un cigarro y se dejaba caer en un sillón—. Usted ve, pero no observa. Esa es la diferencia. Por ejemplo, ha visto muy a menudo los escalones que suben hasta la entrada de esta habitación.

—Muy a menudo, sí.

—¿Cuántas veces?

—Bueno, cientos de veces.

—¿Cuántos escalones hay, entonces?

—¿Cuántos? Pues no lo sé.

—¡Efectivamente!, no ha observado. Y sin embargo ha visto. Eso es lo que quiero decir. Bueno, yo sé que hay diecisiete escalones porque los he visto y los he observado. Por cierto, ya que muestra interés por estos pequeños problemas, y ya que ha sido tan amable de escribir una o dos de mis insignificantes experiencias, tal vez le interese.



—Me alcanzó una carta escrita en papel grueso de color rosa que se encontraba abierta sobre la mesa—. Vino con el último correo —dijo—. Léala en voz alta.

La carta no llevaba fecha, ni ninguna firma ni dirección. Decía:

Le visitará esta noche, a las ocho y cuarto, un caballero que desea consultarle sobre un asunto de máxima gravedad. Los recientes servicios prestados a casas reales europeas han demostrado que es usted una persona a la que se pueden confiar asuntos cuya importancia no es posible exagerar. Referencias tuyas de todas partes hemos recibido. Esté en su habitación a esa hora y no se tome como una ofensa si su visitante lleva una máscara.

—Realmente es muy misterioso —comenté—. ¿Qué imagina usted que significa?

—No tengo información todavía. Es un grave error teorizar antes de tener datos. Sin querer, uno empieza a dar un giro a los hechos para adaptarlos a las teorías en vez de adaptar las teorías a los hechos. Pero de la carta en sí, ¿qué deduce usted de ella?

Examiné con atención la escritura y el papel en el que estaba escrita.

—El hombre que la escribió es, presumiblemente, una persona adinerada —comenté, esforzándome por imitar el proceso de mi compañero—. No se puede comprar este papel por menos de media corona el paquete. Es especialmente fuerte y rígido.



—Peculiar, esa es la palabra —dijo Holmes—. No es papel inglés. Mírelo hacia la luz.

Así lo hice y vi una «E» mayúscula con una «g» minúscula, una «P» y una «G» mayúscula con una «t» minúscula entrelazadas en la textura del papel.

—¿Le dice algo eso? —preguntó Holmes.

—El nombre del fabricante, sin duda; o su monograma, más bien.

—Nada de eso. La «G» con la «t» minúscula quieren decir *Gesellschaft*, palabra alemana que significa «compañía». Es una contracción habitual como nuestra «Co». «P», por supuesto, quiere decir *Papier*. Ahora vamos con la «Eg». Echemos un vistazo a nuestro Continental Gazetteer. —Cogió un pesado volumen marrón de la estantería—. Eglow, Eglonitz... aquí está, Egria. Se encuentra en un país de habla alemana... en Bohemia, no muy lejos de Karlsbad. «Conocido por ser el escenario de la muerte de Wallenstein y por sus numerosas fábricas de vidrio y papel.» ¡Ajá, joven!, ¿qué me dice de esto?

Sus ojos brillaban y soltó una gran nube azul triunfante de su cigarro.

—El papel se fabricó en Bohemia —dije yo.

—Exactamente. Y el hombre que escribió la nota es alemán. Fíjese en la construcción tan peculiar de la oración «Referencias tuyas de todas partes hemos recibido.» No podría haberla escrito un francés o un ruso. Solo los alemanes son así de desconsiderados con los verbos. Por tanto, únicamente queda descubrir lo que desea este alemán que escribe en papel de Bohemia y prefiere

llevar una máscara para no mostrar su rostro. Y aquí llega, si no me equivoco, para resolver todas nuestras dudas.

Mientras hablaba, llegaron el ruido de cascos de caballos y ruedas que chirriaban contra el bordillo, seguido de un brusco tirón de campanilla. Holmes silbó.

—Dos, por el ruido —dijo—. Sí —continuó, asomándose a la ventana—. Una preciosa berlina y un par de bellezas. Ciento cincuenta guineas cada una. Por lo menos hay dinero en este caso, Watson, si no hay nada más.

—Creo que sería mejor que me fuera, Holmes.

—De ninguna manera, doctor. Quédese donde está. Necesito a mi Boswell. Y esto promete ser interesante. Sería una pena que se lo perdiera.

—Pero su cliente...

—No se preocupe por él. Puede que yo necesite su ayuda y tal vez él también. Aquí llega. Siéntese en ese sillón, doctor, y preste máxima atención.

Unos pasos lentos y pesados, que se habían oído subiendo las escaleras y en el pasillo, se detuvieron al instante al otro lado de la puerta. A continuación, sonó un golpe fuerte y autoritario.

—¡Adelante! —dijo Holmes.

Entró un hombre de dos metros de estatura, con el pecho y las extremidades de un Hércules. Vestía con lujo, con un lujo que en Inglaterra sería considerado casi de mal gusto. Pesadas tiras de astracán adornaban las mangas y el cuello de su abrigo cruzado, mientras la capa de color azul oscuro que llevaba sobre los hombros esta-

ba forrada de seda de color fuego y sujeta al cuello con un broche que consistía en un único berilo resplandeciente. Botas que le llegaban hasta media pantorrilla, adornadas con lujosa piel marrón en la parte superior, completaban la impresión de opulencia bárbara que sugería su aspecto en general.

Sostenía en la mano un sombrero de ala ancha, mientras en la parte superior de su rostro, extendiéndose por debajo de los pómulos, llevaba un antifaz negro, que al parecer acababa de ajustarse porque su mano aún estaba levantada hacia él cuando entró. Observando la parte inferior del rostro, parecía un hombre de carácter fuerte, con labios gruesos, un poco caídos, y una barbilla alargada y recta que sugería una resolución llevada al punto de la obstinación.

—¿Recibió mi nota? —preguntó con un tono de voz grave y áspero y un marcado acento alemán—. Decía que le haría una visita. —Nos miraba a uno y a otro como si no estuviera seguro de a quién dirigirse.

—Por favor, tome asiento —dijo Holmes—. Este es mi amigo y compañero, el doctor Watson, quien de vez en cuando me presta buena ayuda en mis casos. ¿A quién tengo el honor de dirigirme?

—Se puede dirigir a mí como conde Von Kramm, noble de Bohemia. Entiendo que este caballero, su amigo, es hombre de honor y discreción, a quien yo podría confiar un asunto de la máxima importancia. Si no es así, preferiría comunicarme con usted a solas.

Me levanté para marcharme, pero Holmes me sujetó

por la muñeca y me obligó a sentarme de nuevo en mi asiento.

—O los dos o ninguno —dijo—. Usted puede hablar de lo que desee contarme a mí delante de este caballero.

El conde se encogió de hombros.

—Entonces debo empezar —dijo— por pedirles a ambos discreción absoluta durante dos años; al cabo de ese tiempo el asunto ya no tendrá importancia. Por el momento no exagero al decir que el asunto es de tal envergadura que podría influir en la historia de Europa.

—Se lo prometo —dijo Holmes.

—Y yo.

—Perdonen por esta máscara —continuó el extraño visitante—. La augusta persona que me envía no desea que su agente sea conocido, y debo confesar que el título que les acabo de anunciar no es el mío exactamente.

—Soy consciente de ello —dijo Holmes secamente.

—Las circunstancias son muy delicadas, y se ha de tomar todo tipo de precauciones para aplacar lo que podría ser un inmenso escándalo en el que se vería comprometida una de las familias reinantes de Europa. Hablando claro, el asunto implica a la Gran Casa de Ormstein, reyes hereditarios de Bohemia.

—También me he dado cuenta de eso —murmuró Holmes, acomodándose en su sillón y cerrando los ojos.

Nuestro visitante miró con aparente sorpresa a la

figura lánguida recostada de aquel hombre al que habían descrito como el razonador más incisivo y el agente más enérgico de Europa.

Holmes volvió a abrir los ojos lentamente y miró con impaciencia a su gigantesco cliente.

—Si su majestad condescendiese a exponer su caso —comentó— estaría en mejor situación para ayudarle.

El hombre se levantó de un salto de la silla y empezó a andar por la habitación, de un lado para otro, en un estado de incontrolable agitación. A continuación, con un gesto de desesperación, se arrancó la máscara del rostro y la tiró al suelo.

—Tiene razón —exclamó—. Soy el rey. ¿Por qué lo iba a ocultar?

—Eso, ¿por qué? —murmuró Holmes—. Aún no había hablado su majestad y yo ya era consciente de que me estaba dirigiendo a Wilhelm Gottsreich Sigismond von Ormstein, Gran Duque de Cassel-Felstein y rey hereditario de Bohemia.

—Pero usted lo comprende —dijo nuestro extraño visitante, sentándose de nuevo y pasándose la mano por su frente blanca y despejada—. Usted comprenderá que no estoy acostumbrado a hacer negocios personalmente. No obstante, el asunto es tan delicado que no podía confiárselo a ningún agente sin ponerme en sus manos. He venido de incógnito desde Praga con el fin de consultarle a usted.

—Entonces, os ruego que me consultéis —dijo Holmes, cerrando los ojos una vez más.

—Resumiendo los hechos, son así: Hace unos cinco

años, durante una larga visita a Varsovia, conocí a la famosa aventurera Irene Adler. El nombre, sin duda, le resultará familiar.

—Por favor, búsquela en mi índice, doctor —murmuró Holmes sin abrir los ojos.

A lo largo de los años, mi amigo había adoptado un sistema de listas de casos con todos los extractos que se referían a personas y a cosas, de modo que resultaba difícil nombrar un tema o una persona sobre los que no pudiera dar una información al instante. En este caso encontré la biografía entre la de un rabino y la de un comandante del Estado Mayor que había escrito una monografía sobre los peces de las profundidades marinas.

—Permítame ver —dijo Holmes—. ¡Hum! Nacida en Nueva Jersey en el año 1858. Contralto... ¡Hum! La Scala... ¡Hum! Prima donna de la Ópera Imperial de Varsovia... ¡Sí! Retirada de los escenarios de la ópera... ¡Ajá! Vive en Londres... ¡Vaya! Según entiendo, su majestad se enredó con esta joven, escribió algunas cartas comprometedoras y ahora desea que le devuelva esas cartas.

—Exactamente, pero ¿cómo...?

—¿Hubo matrimonio secreto?

—No.

—¿Documentos legales o certificados?

—Ninguno.

—Entonces no os comprendo, majestad. Si esta joven deseara chantajear con estas cartas o tener otros propósitos, ¿cómo demostraría que son auténticas?

—Está la letra.

—¡Bah! Falsificada.
—Mi papel de cartas personal.
—Robado.
—Mi propio sello.
—Imitado.
—Mi fotografía.
—Comprada.
—Estamos los dos en la fotografía.
—¡Vaya! ¡Eso sí que es malo! Su majestad ha cometido una indiscreción.
—Estaba trastornado... loco.
—Os habéis comprometido seriamente.
—Entonces solo era un príncipe heredero. Era joven.
Ahora tengo treinta años.
—Hay que recuperarla.
—Lo hemos intentado y hemos fracasado.
—Su majestad ha de pagar. Hay que comprarla.
—No la venderá.
—Robarla, entonces.
—Cinco veces se ha intentado. En dos ocasiones, ladrones a los que pagué revolvieron su casa. Una vez extraviamos su equipaje mientras viajaba. Dos veces ha sido asaltada, pero sin resultado alguno.
—¿No se ha encontrado ningún rastro?
—Nada en absoluto.
Holmes se echó a reír.
—Es un pequeño problema —dijo.
—Pero muy serio para mí —respondió el rey con un tono de reproche.

—Sí, lo es. Y ¿qué se propone hacer con ella?

—Arruinarme.

—Pero ¿cómo?

—Estoy a punto de casarme.

—Eso he oído.

—Con Clotilde Lothman von Saxe-Meningen, segunda hija del rey de Escandinavia. Tal vez conozca los estrictos principios de su familia. Ella misma es pura delicadeza. Una sombra de duda sobre mi conducta y todo acabaría.

—¿E Irene Adler?

—Amenaza con enviarles la fotografía. Y lo hará. Sé que lo hará. Usted no la conoce, tiene el alma de acero. Posee el rostro de la más bella de todas las mujeres y la mente del más decidido de los hombres. Con tal de no verme casado con otra mujer, no hay nada que la detenga..., nada.

—¿Está seguro de que no las ha enviado todavía?

—Estoy seguro.

—Y ¿por qué?

—Porque ha dicho que las enviaría el mismo día en el que se anunciara el compromiso públicamente. Y eso será el próximo lunes.

—Oh, entonces aún tenemos tres días —dijo Holmes bostezando—. Es una gran suerte porque tengo uno o dos asuntos importantes que tratar en este momento. Por supuesto, su majestad permanecerá en Londres por ahora.

—Desde luego. Me encontrará en el Langham, con el nombre de conde Von Kramm.